

ISSN 0717-196X

THEORIA

CIENCIA, ARTE Y HUMANIDADES

Universidad del Bío-Bío

VIII Región, Chile



LOS MITOS Y LAS CIENCIAS EN LA URBANIZACION DE CHILE COLONIAL

MYTHS AND SCIENCES IN THE URBAN DEVELOPMENT OF COLONIAL CHILE

MARÍA DOLORES MUÑOZ REBOLLEDO¹

RESUMEN

En este ensayo se analiza de que modo las diversas interpretaciones con que España penetró en la realidad americana condicionaron el proceso de urbanización colonial en Chile. En un primer momento de la conquista y colonización, el Nuevo Mundo, debido a sus extraordinarias diferencias geográficas y culturales en relación con el Viejo Mundo, fue comprendido por los europeos a través de una lectura mítica, asumiendo que en América podían encontrarse los maravillosos seres y paisajes descritos en los mitos clásicos y medievales. La búsqueda de lugares míticos motivaron varias expediciones cuyos resultados fueron el descubrimiento de nuevos elementos geográficos y la ampliación de los límites del territorio a colonizar. En otra fase de la urbanización, que se llevó a cabo en el siglo XVIII o Siglo de La Razón, América fue explorada científicamente, en una nueva actitud cultural relacionada con la idea de conocer el territorio como base para establecer una forma de colonización que permitiera administrar de modo más eficiente los recursos americanos. En este período, el proceso de urbanización se apoyó en el avance de la cartografía que, en Chile, por su importancia estratégica para las rutas marítimas y protección de las costas del Virreinato del Perú, se orientó básicamente a la representación de las zonas costeras.

PALABRAS CLAVES: Urbanización colonial, Ciudades coloniales, Historia urbana de Chile.

La fundación y desarrollo de las ciudades coloniales chilenas fueron parte de un proceso de colonización y poblamiento aplicado a escala continental, sobre el cual se perfilaron las singularidades de la urbanización chilena como expresión de un contexto específico. Este tema, aunque ha sido objeto de diversos análisis, presenta aristas escasamente exploradas hacia las cuales se enfoca este ensayo.

En el proceso de urbanización de Chile colonial, que se extendió por casi trescientos años, es posible distinguir diversas fases relacionadas con cambios en los métodos de conquista y poblamiento o con la importancia militar, económica y social de la región. Este proceso también fue condicionado por las distintas interpretaciones con que España se aproximó a la realidad americana y, por extensión, a la realidad chilena.

América apareció ante la cultura europea como una dimensión desconocida de la realidad porque, como indica Octavio Paz (1981), la imagen cósmica del siglo XVI es-

¹Departamento de Diseño y Teoría de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño, Universidad del Bío-Bío.

taba regida por una tríada expresada en tres tiempos, tres edades, tres personas en la Santísima Trinidad y tres continentes. En esta cosmovisión trilateral América no tenía cabida. Europa, África y Asia eran los continentes que integraban el *Orbis Terrarum* y aunque varios científicos no tenían dudas acerca de la esfericidad del planeta sólo algunos admitían la existencia de tierras aún no exploradas, a las que consideraban, esencialmente, en forma de lugares míticos.

La existencia de un cuarto continente, inicialmente, no fue íntegramente asimilada por Europa pues resultaba complejo, especialmente desde la perspectiva teológica, ampliar sustantivamente los umbrales del conocimiento y cambiar las ideas filosóficas y científicas que definían la imagen tradicional del cosmos. El descubrimiento de América también significó la aparición de un mundo que tenía enormes diferencias geográficas y culturales en comparación con los territorios hasta entonces habitados por los conquistadores. *Terra Ultra Incognita*, *Terra Nova*, *Nuevo Mundo* fueron los sugerentes nombres utilizados para divulgar en Europa los extraños animales y plantas americanas, los paisajes maravillosos y las originales culturas que habitaban las diversas regiones. Las exploraciones que, continuamente precedieron o aceleraron el proceso de urbanización, fueron revelando paulatinamente las características de un continente sorprendente.

Las expediciones por América obedecían al interés en ampliar las zonas de conquista y evangelización, pero también pueden ser consideradas incursiones a lo desconocido en busca de riqueza, aventuras y fama. Para la cultura renacentista, dominante en los primeros años de la urbanización hispana de América, las expediciones simbolizaban la capacidad del hombre para penetrar nuevas realidades como acontece con los viajes descritos por Dante Alighieri en *La Divina Comedia*.

En este sentido, puede sostenerse que la primera fase de la urbanización tuvo como escenario un mundo desconocido donde hasta la extensión del territorio a ocupar era un enigma porque sus límites se ampliaban continuamente con los sucesivos descubrimientos de las expediciones. Ojeda, Yañez Pinzón, Juan de la Cosa, Lepe y Bastidas dilataron rápidamente el territorio inicialmente conocido. Las incursiones de Alvarado, Ponce de León, Hernández de Córdoba, Grijalba, Garay y Cortés ampliaron los límites hacia México y La Florida. Los descubrimientos de Nuñez de Balboa, Díaz de Solís, Orellana, Jiménez de Quesada, Pizarro y Urzúa aumentaron la extensión hacia el sur. Diego de Almagro y Pedro de Valdivia incorporaron nuevas dimensiones territoriales tras las exploraciones por la remota región de Chile.

En su gradual avance por América las expediciones españolas encontraron un mundo que cuanto más recorrían, menos comprendían porque la realidad que se encontró en el Nuevo Mundo no coincidía con los antecedentes aportados por la geografía de la época. La necesidad de reducir una naturaleza y culturas incomprensibles—dentro del marco de referencias geográficas o vivenciales de los conquistadores—fue generando una forma de asimilación basada en la comparación de los paisajes americanos con imágenes ideales provenientes de la mitología clásica, la narrativa medieval y los relatos de navegantes y viajeros.

Los primeros mitos asociados a América se relacionan con islas, manantiales, ríos y otros elementos presentes en paisajes ideales. Algunos cronistas de Indias pensaron que América era el Paraíso o la Atlántida, el célebre continente descrito por Platón, del cual deriva el nombre del archipiélago de Las Antillas. Otros creían que en el Nuevo Mundo era posible encontrar los fabulosos lugares descritos en los mitos clásicos o en las tradiciones medievales como el Jardín de las

Hespérides, la Fuente de la Juventud o Cibola.

Las novelas de caballería también sirvieron de referencia literaria para relacionar al mundo americano y el europeo. Díaz del Castillo (1975) dice que él y los otros soldados estaban maravillados por las ciudades aztecas a las que califica de *cosas nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas* y que las culturas indígenas les parecían tan admirables como los encantamientos que se cuentan en el libro de Amadís. Díaz del Castillo se refiere a Amadís de Gaula, protagonista de la primera novela de caballería impresa en España que, por su importancia y singularidad, fue salvada de ir a la hoguera en el famoso escrutinio de los libros de Don Quijote, realizado por el cura y el barbero.

Carpentier (1990) opina que el texto de Díaz del Castillo es el único libro de caballería real y fidedigno que se haya escrito porque es una obra donde las ciudades ignotas, el insólito paisaje, los hacedores de maleficios y los animales desconocidos eran auténticos, visibles y palpables. Carpentier añade que, sin sospecharlo, Díaz del Castillo había superado con su relato a las hazañas de Amadís de Gaula, Belianis de Grecia y Florismarte de Hircania; todos ellos protagonistas de libros de caballería nombrados por Cervantes en *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*.

La búsqueda de lugares míticos relacionados con fantásticos tesoros como El Dorado, el Cesar Blanco, el Gran Paititi, las Casas del Sol y el País de La Canela puede explicarse por las riquezas reales que ofreció el Nuevo Mundo. Debido a la presencia de ricos minerales, extraordinarios paisajes y ciudades, plantas de extrañas propiedades y animales desconocidos, América fue vista por los europeos como posible sede del Paraíso o el País de Jauja. No obstante, este mundo maravilloso también se creía que estaba poblado de gigantes, cíclopes, grifos, descabezados, sirenas y otros monstruos.

Uno de los principales mitos de la conquista fue el de los gigantes que, según diferentes versiones, existían en diferentes lugares de América, aunque básicamente se encontraban en la región austral, según un mapa de 1540 de la *Geographiae Universalis* donde el topónimo de la Patagonia sur es *Regio Gigantum*. Colón, Vespucio, Díaz del Castillo y Cieza de León entregaron datos acerca de los gigantes del Nuevo Mundo repitiendo un tema tradicional de los relatos de viajes por tierras extrañas desde que Odiseo enfrentara al cíclope Polifemo. Antonio Pigafetta (1990) informó de un indio patagón *tan alto que nosotros le llegábamos a la cintura*; con esta descripción se inició la leyenda de una raza de gigantes que habitaban la Patagonia, en tierras que se reconocen como territorio chileno en un mapa impreso en 1775, de acuerdo al dato proporcionado por Jaime Eyzaguirre (1990).

Los patagones alcanzaron una fama que trascendió el Nuevo Mundo y es posible que influyeran en la literatura europea hasta el siglo XVIII. Uno de los gigantes más célebres fue Gargantúa, protagonista de la obra de Rabelais *Les grandes et inestimables chroniques du grand et enorme géant Gargantúa*, publicada en 1532, treinta años después que Vespucio relatar su encuentro con los gigantes americanos. El arte del renacimiento también se ocupó de los gigantes a partir de reinterpretaciones de la literatura clásica y los relatos bíblicos; una de las principales esculturas de Miguel Ángel fue David, el pastor que venció al gigante Goliat en un enfrentamiento que remite a la idea clásica del triunfo del hombre sobre las fuerzas desproporcionadas de la naturaleza.

Rojas Mix (1992) indica que los gigantes siempre han sido considerados seres bárbaros y encarnaciones del salvajismo primitivo que representaban el desequilibrio entre la desmesurada dimensión física y la inteligencia débil o limitada. Este desequilibrio, según el famoso investigador chileno,

se relaciona con la idea de Hegel, para quien América tenía una naturaleza exuberante pero carecía de historia o cultura. Rojas Mix dice que la eliminación de los gigantes —considerados por el mundo clásico como hombres sin polis, sin ágora y por tanto sin civilización— permitiría imponer la civilización, la ciudad, el orden. El patagón simbolizaba un mundo salvaje cuya destrucción haría posible imponer un nuevo orden moral y político que se concretaba en la polis; por esto, el discurso de los gigantes sirvió de antecedente para legitimar algunas de las acciones destructivas de la conquista ya que los gigantes y la propia naturaleza desmesurada de América, debían ser vencidos por el orden y la medida humana que se materializaban en las ciudades.

Rojas Mix, en la obra ya citada, también señala que los gigantes siempre aparecen en situaciones extremas y que en el período colonial se creía que vivían en la región del Estrecho de Magallanes, considerado frontera de un mundo desconocido donde la presencia de los monstruos simbolizaba la ruptura entre la geografía conocida y el mundo inexplorado. La cartografía del siglo XVI muestra al Estrecho de Magallanes y sus proximidades habitado por hidras, basiliscos y dragones; varias de estas criaturas aún están presentes en la mitología chilota.

La imaginación medieval había poblado de monstruos los lugares no explorados; en la cartografía antigua es visible la presencia de seres terroríficos habitando islas remotas y el mar tenebroso. La creencia en territorios ocupados por monstruos donde también es posible encontrar enormes riquezas —como ocurre con el vellocino de oro y otros relatos de tesoros custodiados por dragones— no se detuvieron con las exploraciones por América; al contrario, la extraña configuración del paisaje y la presencia de las culturas americanas motivaron una serie de expediciones para buscar lugares ideales cuyo resultado concreto según Morales Padrón

(1974) fue el conocimiento de la realidad geográfica de América. Una consecuencia indirecta de la búsqueda de lugares míticos fue la expansión de los límites territoriales y el consiguiente avance de la urbanización.

América también fue considerada posible asiento de ciudades maravillosas provistas de fantásticos tesoros y construcciones. Una de las más famosas fue la Ciudad de Los Césares, que, supuestamente, como indica Eyzaguirre (1990), estaba localizada en territorio chileno.

Las versiones más difundidas dicen que la Ciudad de Los Césares era un lugar aislado y secreto habitado por un grupo de españoles que se habrían salvado del desastre de Osorno de 1599. Su origen se relaciona con la expedición de Sebastián Caboto para buscar la Sierra de La Plata donde, según los mitos que circulaban por América, había inmensos tesoros. Francisco César, un capitán de Caboto, entregó los primeros indicios de una ciudad construida en oro, plata y piedras preciosas, cuyo nombre al parecer deriva de su apellido. El capitán César la describía como un lugar riquísimo, según informes proporcionados por indígenas de las pampas de San Luis y Mendoza. El interés por la Ciudad de Los Césares se diluyó, temporalmente, con la conquista del imperio inca y sus enormes tesoros. El mito, luego del naufragio de los navíos del Obispo de Plasencia en las costas magallánicas, se desplazó hacia la región austral. Cuando Pedro de Valdivia inició la conquista de Chile, la Ciudad de Los Césares era relacionada con un lugar habitado por indígenas sobrevivientes de los enfrentamientos entre las tropas de Almagro y guerreros incas; otra versión sostenía que en ella vivían españoles que se habían salvado de naufragios en el estrecho de Magallanes. La leyenda de Los Césares fue enriquecida con relatos protagonizados por hombres altos y rubios, posiblemente corsarios y piratas ingleses, holandeses o franceses quienes antes de rea-

lizar la difícil travesía por el estrecho de Magallanes se aprovisionaban de agua y alimentos en la zona donde estaba la mítica ciudad. Alonso de Ovalle en su *Histórica Relación del Reino de Chile* dice que en esta ciudad vivían césares rubios que araban con rejas de oro y fabricaban ollas, cuchillos y herramientas de plata por no tener otros metales. El mito fue creciendo en importancia y se convirtió, según Aínsa (1992), en arquetipo del imaginario colectivo, meta de costosas expediciones y modelo utópico de sociedad ideal para terminar en el siglo XX siendo materia de novelas y ensayos.

En los siglos VXI y VXII hubo varios intentos para encontrar la famosa ciudad; Juan Jufre y Rodrigo de Quiroga —dos protagonistas de la urbanización de Chile— dirigieron una expedición para buscar Trapalanda y la Ciudad de los Césares. El interés que despertaba el mito y la posibilidad encontrar españoles perdidos fueron objetivos de nuevas búsquedas hasta comienzos del XVIII. Pero, según avanzaba el conocimiento de la Patagonia, era más evidente el contraste entre la aridez del paisaje y las supuestas riquezas de la mítica ciudad. Esta contradicción, señala Aínsa (1992, b) generó tantas dudas acerca de la verosimilitud del mito que en 1783 la población reunida en Cabildo se negó a financiar la expedición de Manuel José de Orejuela, porque *no hay, como se vocea por tradición, en la parte austral de Chile tales Césares*.

La decisión del Cabildo se explica por el conocimiento de América que se había alcanzado en el XVIII, cuando el principal objetivo de las exploraciones ya no era buscar lugares y tesoros legendarios sino conocer la realidad territorial del modo más completo para mejorar la administración. Hasta fines del período colonial los mitos formaron parte de la historia de la urbanización; sin embargo, la creciente necesidad de estudiar la geografía de modo más preciso alentó nuevas lecturas del territorio, apoya-

das en las ciencias y la cartografía.

Desde el descubrimiento de América, una de las aspiraciones del gobierno español fue conocer sus características territoriales para hacer más eficaz la explotación de los recursos naturales, el proceso de urbanización y las actividades evangelizadoras y defensivas. Esta necesidad originó y justificó la realización de varias expediciones científicas para investigar la cultura y naturaleza del Nuevo Mundo y para trasladar, desde América hacia Europa objetos, plantas, animales y personas como ejemplos de seres y cosas extraordinarios.

Elliot (1984) hace notar lo difícil que era reunir información ordenada acerca del extenso y variado continente americano. Explica que la observación del Nuevo Mundo significó ampliar las fronteras de la percepción para captar la variedad de su naturaleza y que la obligación o voluntad de transmitir a España las características del mundo americano fue estorbada, entre otras cosas, por la capacidad de vocabulario ya que la reducida gama de colores que los europeos podían nombrar dificultó la descripción de las selvas y las aves. Además, la divulgación de América dependía de las necesidades y gustos de editores y gobernantes o a las idealizaciones de los autores. Por esto, la realidad americana y la imagen de América que se transmitió a Europa no siempre son coincidentes. Elliot también señala que la necesidad de obtener información auténtica sobre un extenso y desconocido territorio implicó cambiar los métodos de investigación y obligó a la Corona española a crear instrumentos que permitieran abarcar la enorme cantidad de antecedentes.

La dimensión de la actividad recopiladora hispana se refleja en el tiempo ocupado por las expediciones botánicas para reunir muestras de la flora americana. La expedición al Virreinato del Perú ocupó once años, el recorrido por la Audiencia de Quito se extendió nueve años, la expedición a Nueva

España necesitó 16 años para recopilar diversas especies vegetales y la célebre expedición de Celestino Mutis a Nueva Granada tardó 33 años en reunir muestras y realizar más de 6.000 láminas con la flora de la región.

La necesidad de fortalecer la economía y administración colonial, racionalizar la ocupación del territorio y la explotación de los recursos distribuidos por el vasto mundo americano requería un conocimiento detallado de la realidad territorial y una evaluación de lo hecho en América. Las expediciones científicas, apoyadas en el desarrollo de las ciencias y las técnicas cartográficas, estaban capacitadas para reunir información ordenada y proponer medidas para reorganizar los territorios y la administración; en ambas tareas participaron ingenieros militares que, especialmente en el siglo XVIII, reemplazaron a los capitanes en la construcción de ciudades y fueron autores de importantes proyectos de ensanches urbanos y nuevas fundaciones; entre éstos se destacan la ampliación de Veracruz de Manuel Agustín Mascaró y el proyecto para la Nueva Guatemala de Luis Diez Navarro. En Chile, la participación de los ingenieros militares también fue decisiva en la introducción de las formas neoclásicas, que cambiaron radicalmente la imagen de las ciudades coloniales. El trabajo de los técnicos permitió tener un conocimiento más preciso de las ciudades y su entorno lo que facilitaba la ejecución de obras para explotar y comercializar recursos y productos, dos aspectos relacionados con el mejoramiento de las comunicaciones marítimas y terrestres, un tema fundamental en las nuevas políticas de urbanización.

El estudio de Chile tenía como objetivos acelerar la urbanización, mejorar la estructura económica de la región y consolidar la defensa de los territorios españoles asediados por otros países europeos. El logro de estos objetivos se complicaba por las particulares circunstancias chilenas derivadas de

la resistencia indígena a la urbanización, la escasez de recursos naturales de importancia económica a nivel continental y el aislamiento geográfico generado por la cordillera de Los Andes, el desierto de Atacama y el océano Pacífico. A pesar de estas dificultades, Chile tenía una enorme importancia estratégica por ser parte de la ruta marítima obligada en el trayecto desde el Atlántico al Pacífico, cruzando el Estrecho de Magallanes, para acceder a las costas del Virreinato del Perú. Esto explica por qué las expediciones científicas por el territorio chileno se enfocaron al estudio del litoral.

Chile aparece en las ciencias geográficas cuando, en 1520, Magallanes descubre el estrecho bautizado con su nombre. Sin embargo, a fines del XVII todavía era una región casi desconocida; aspecto destacado por Ovalle (1993) cuando escribió su *Histórica relación del Reino de Chile*, publicada en 1646 para divulgar en Europa las remotas regiones de las que hay tan poco conocimiento que en muchas partes ni aún sabían su nombre. En esa época, la única fuente para conocer Chile era *La Araucana* ya que las cartas de Valdivia y las crónicas de Marmolejo no se publicaron hasta el XIX.

Los dibujos de ciudades del período inicial de la urbanización, tanto en Chile como en el resto de Hispanoamérica, son comparativamente escasos en relación a la cartografía de los siglos posteriores y no expresan como indica Hardoy (1991) los esfuerzos fundacionales de los conquistadores. Los primeros dibujos de las ciudades coloniales se caracterizan por ser representaciones esquemáticas que sólo contienen información del trazado y reparto de sitios; además, carecen de escala y otras indicaciones que permitan precisar la morfología urbana. A este tipo pertenecen los planos fundacionales de Mendoza de 1561 y 1562 y el San Juan de La Frontera, fechado en 1562. Inclusive Santiago del Nuevo Extremo, la capital de Chile, fue pobremente representada en la

cartografía del XVI; de esta época existe un dibujo de Felipe Huamán Poma de Ayala que describe a la ciudad provista de murallas, al parecer para enfatizar la difícil campaña de conquista de la región debido a la guerra de Arauco.

Los sistemas de medición y representación gráfica se perfeccionaron gradualmente y a partir del siglo XVII se incrementan los dibujos que representan a la ciudad, su entorno y características del relieve, especialmente la costa y sus accesos. En esta época comienzan a incorporarse ingenieros militares y marinos a la producción gráfica, quienes, por sus conocimientos y técnicas de representación ocupadas, pudieron obtener y transmitir información más completa y precisa. La necesidad de establecer con exactitud las rutas de navegación y los accesos a ciudades del litoral, hace que, a partir del siglo XVII, impulsadas por el deseo de obtener ventajas comerciales frente a España, otras naciones europeas también se preocupen por estudiar la geografía americana. Por esto, varios planos de ciudades chilenas y cartas geográficas fueron obras de marinos y cartógrafos ingleses, holandeses y franceses. Estos dibujos insisten en describir la geografía más que representar las ciudades como se aprecia en la cartografía histórica de La Serena, Valdivia y Chiloé. La preferencia por las descripciones del litoral y los puertos con sus fortificaciones es indicio de las prioridades gubernamentales claramente vinculadas a intereses militares y al incremento del comercio entre España y América.

En el siglo XVIII la cartografía colonial alcanzó su mayor volumen y calidad por la política gubernamental de organizar expediciones científicas con la misión de obtener detallada información para acelerar la urbanización, fortalecer la economía, incrementar el comercio, proteger las fronteras y consolidar las posesiones españolas. Otro impulso al desarrollo de la cartografía se debe a las acciones sistemáticas de recopilación

efectuadas por personajes como José Ignacio Molina, quien en su *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile* incluye detallados planos de las plazas de la región de frontera interna.

Hasta fines del período colonial, los planos de regiones y ciudades expresan que las prioridades de la urbanización en Chile seguían siendo la protección del litoral y la defensa de Arauco. Otro énfasis urbanizador, vinculado a la necesidad de estimular el desarrollo económico, se refleja en los dibujos de nuevas fundaciones realizadas en zonas agrícolas, en mapas de caminos para completar la estructura de comunicaciones entre ciudades y en la elaboración de detallados planos para edificios destinados al desarrollo de actividades comerciales como la Real Casa de Moneda de Santiago o para mejorar las condiciones urbanísticas de las principales ciudades como el proyecto de los Tajamares del río Mapocho.

La importancia de Chile para el acceso y protección de los puertos del Perú justificaron la realización de detallados estudios costeros dirigidos por oficiales de la Marina Real Española; en tanto, las fundaciones, obras defensivas y reformas urbanísticas fueron encargados a ingenieros militares y agrimensores que también elaboraron documentos gráficos completos y precisos.

Las expediciones científicas fueron otro aporte fundamental en el conocimiento de la realidad territorial y la vida de las ciudades. La primera que pasó por Chile fue dirigida por Jorge Juan y Antonio de Ulloa para recorrer, entre los años 1735 y 1746, el litoral del Pacífico americano; sus informes proporcionaron valiosa información de las características geográficas y económicas de la región.

La segunda expedición que incorporó a Chile fue dirigida por Hipólito Ruiz y José Pavón, quienes, acompañados por el botánico francés Dombey y los dibujantes Isidro Gálvez y José Brunete, recopilaban especies

de flora, fauna y recursos minerales peruanos y chilenos, describiendo detalladamente a quinas y araucarias. Durante siete años recogieron muestras vegetales, animales y minerales que fueron enviadas a España pero sufrieron un naufragio en las costas de Portugal. Para completar las colecciones perdidas, la expedición ocupó otros tres años, logrando reunir 124 especies vegetales vivas para el Jardín Botánico de Madrid. Los resultados de esta expedición se publicaron en cinco volúmenes con el nombre de *Flora Peruviana et Chilensis sive Descriptiones et Icones plantaru peruvianaru et chilensium*, una serie de monografías y en el *Diario de Viaje* de Hipólito Ruiz, editado en 1931, donde describe a los habitantes de Chile y sus formas de vida.

Antonio de Córdova y Lazo dirigió la expedición realizada entre 1785 y 1786 para estudiar el estrecho de Magallanes; las informaciones recogidas se publicaron en Madrid en 1788. José de Moraleda, entre 1787 y 1790 comandó otra expedición científica con el encargo de hacer un reconocimiento hidrográfico de Chiloé, donde estaba la fortificación española más meridional. En este viaje, según O'Donnell (1990), se reunieron datos de la actividad naval en el Pacífico austral, clima, historia y costumbres, población, producción y comercio, información estratégica, militar y demográfica. De esta expedición es la *Carta esférica de la costa occidental patagónica*, levantada por Moraleda entre 1792 y 1796.

La famosa expedición Malaspina fue planificada para perfilar la costa del Pacífico, señalar rutas de navegación y hacer diversos estudios para el Gabinete de Historia Natural, conocido después como Museo Nacional de Ciencias Naturales. El extenso recorrido desde Montevideo a México, incluyó prolongadas detenciones varias ciudades chilenas que fueron descritas por el dibujante italiano Fernando Brambilla. Sus grabados de Santiago integran la colección del Museo

Naval de Madrid y sus dibujos de Talcahuano y Concepción forman parte de la colección Bauzá, que se conserva en Santiago de Chile. De esta expedición es el *Plano del Puerto de Concepción de Chile*, levantado en 1790, que representa la geografía y ciudades del área, entre las cuales está el puerto de Talcahuano. La última expedición científica española que recorrió Chile colonial fue realizada por Conrad y Christian Heuland entre 1794 y 1795. Los datos recogidos, que incluyen información de Santiago, Valparaíso y Coquimbo, fueron publicados parcialmente en el Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid con el título *El viaje científico de Conrado y Cristiano Heuland a Chile y Perú, organizado por el Gobierno español en 1795*.

El conocimiento de Chile se incrementó con el aporte de expediciones financiadas por otros estados europeos en las que participaron destacados científicos como Darwin, La Perouse y Dumont D'Urville. Uno de los expedicionarios más importantes para nuestra historia urbana fue Amadeo Frézier (1982) cuya obra *Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chily et du Perou fait pendant les années 1712, 1713 et 1714* contribuyó decisivamente al conocimiento del proceso de urbanización por contener varios dibujos de ciudades chilenas entre las cuales están un plano de La Serena y el famoso plano de Concepción en Penco; ambos dibujos se destacan por contener detallada información de los núcleos y el territorio circundante.

CONCLUSION

El descubrimiento, conquista y poblamiento, como indica Domínguez Compañy (1984), fueron acciones consecutivas y casi simultáneas ya que en el avance español por el Nuevo Mundo, al descubrimiento de nuevas tierras, tras un corto intervalo de tiempo y a

veces en forma inmediata, siguió la conquista, actividad que implicaba la ocupación y posesión definitiva del territorio; conquista que fue posible por medio de la fundación de ciudades.

Las ciudades fueron los instrumentos que permitieron materializar la conquista cultural y el dominio espacial de un inmenso y extraño territorio. La urbanización, que transformó completamente la estructura territorial prehispánica, se apoyó en la repetición de la institucionalidad y formas urbanas exportadas de España, pero también se nutrió de la recreación de mitos europeos que parecían ser posibles en los maravillosos paisajes americanos o en estudios científicos que trataban de desentrañar los misterios del Nuevo Mundo y simplificar un mundo vasto, diverso y convulsionado por los cambios radicales desatados por la conquista.

La urbanización colonial de Chile fue un proceso que, aunque estaba impulsado por una dinámica continental, adquiere características propias generadas por las particularidades culturales y espaciales de la región. Fue un proceso estructurado por variables tan diversas que puede ser explorado desde el urbanismo y las ciencias sociales, pero también desde el arte o la literatura. El escenario de este proceso era un territorio enorme y diverso que puede ser observado en los torpes y esquemáticos dibujos de los fundadores o en los detallados levantamientos de ingenieros militares y cartógrafos. La historia del avance de la urbanización subyace en los asombrados relatos de los primeros cronistas de Indias y en los rigurosos y objetivos informes de los botánicos. El análisis de este conjunto de documentos permite afirmar que en la construcción de ciudades confluyen lo real y lo posible, los mitos y la ciencia.

EXPEDICIONES CIENTÍFICAS ESPAÑOLAS HACIA CHILE EN EL SIGLO XVIII

FECHA	PRINCIPALES INTEGRANTES	REGIÓN	RESULTADOS DE LA EXPEDICIÓN
1735-1746	Jorge Juan Antonio de Ulloa	Costa del Pacífico (Panamá a Chiloé)	Conocimiento de la geografía y costumbres chilenas
			PUBLICACIONES: <i>Noticias secretas de América sobre el estado militar, naval y político en los reinos del Perú y provincia de Quito.</i> <i>Noticias Americanas</i>
1777-1788	Hipólito Ruiz José Antonio Pavón Joseph Dombey Isidro Gálvez José Brunete	Perú y Chile	Descripción de la flora, fauna y recursos minerales peruanos y chilenos. PUBLICACIONES: <i>Flora Peruviana et Chilensis sive Descriptiones et Icones plantarum peruvianarum et chilensium.</i> <i>Quinología o Tratado de la quina o cascarilla</i> (de Ruiz) <i>Prodromus Florae Peruvianae et Chilensis</i> <i>Diario de Viaje</i> de Hipólito Ruiz donde se describe a los habitantes de Chile y sus formas de vida.

FECHA	PRINCIPALES INTEGRANTES	REGIÓN	RESULTADOS DE LA EXPEDICIÓN
1785-1786	Antonio de Córdova y Lazo Dionisio Alcalá Galiano Alejandro Belmonte	Estrecho de Magallanes	Estudio del estrecho de Magallanes PUBLICACIONES: <i>Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata Santa María de la Cabeza.</i>
1787-1790	José de Moraleda		Reconocimiento hidrográfico del archipiélago de Chiloé y recopilación de datos sobre la actividad naval en el Pacífico austral, clima, historia y costumbres, características de los habitantes, producciones y comercio. Publicaciones: <i>Carta esférica de la costa occidental patagónica.</i>
1789-1795	Alejandro Malaspina José Bustamante Luis Née Antonio Pineda Fernando Brambila Juan Ravenet	Costa oriental América del Sur, Islas Malvinas, Costa occidental (desde Cabo de Hornos hasta Alaska) y una extensa zona del Pacífico.	Descripción de las ciencias naturales, costumbres, modas y forma de vida en las ciudades chilenas.
1794-1795	Conrad Heuland Christian Heuland	Chile, Perú y Bolivia	Descripción de las ciudades de Santiago, Valparaíso y Coquimbo

Fuente: Palau (1976) y Arias Divito (1978)

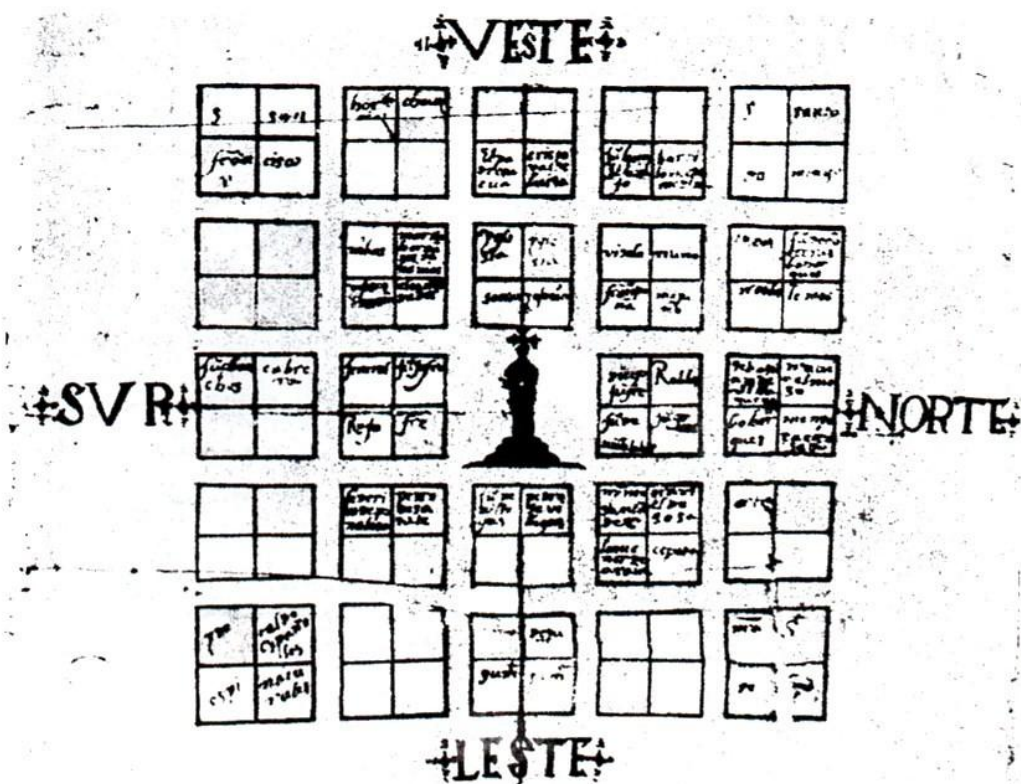


Figura 1. Plano de la ciudad de Mendoza, siglo XVI.

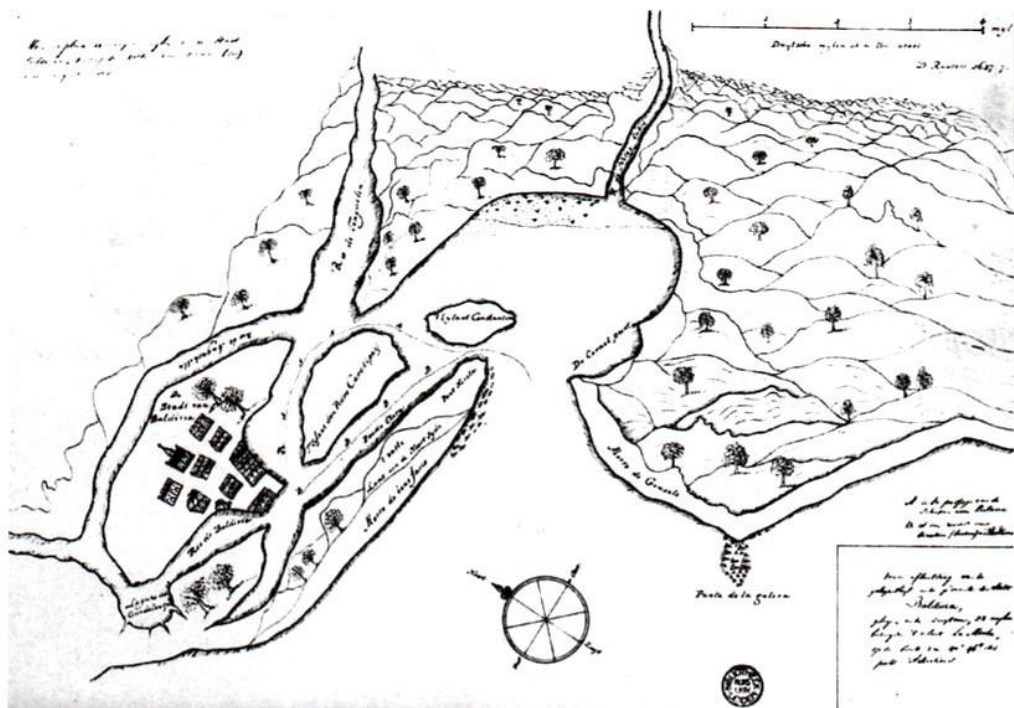


Figura 2. Plano de la ciudad de Valdivia, siglo XVII.

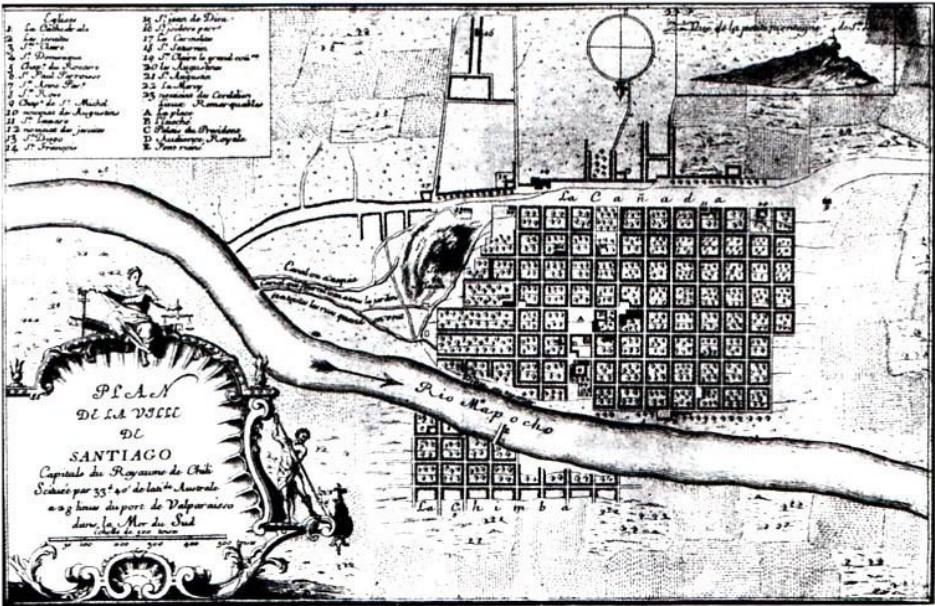


Figura 3. Plano de la ciudad de Santiago, siglo XVIII.

BIBLIOGRAFIA

1. AINSA, F. (1992): *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de Los Cesares. Metamorfosis de un mito*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 9-12.
2. AINSA, F. (1992b): op. cit. p. 49.
3. ARIAS DIVITO, J.C (1978): *Expedición científica de los hermanos Heuland*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación.
4. CARPENTIER, A. (1990): *De lo real maravilloso americano. Obras Completas*. Primera edición. México, Editorial Siglo XXI. p. 110.
5. CERVANTES, M. (1960): *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Capítulo VI. Volumen 1. Barcelona, Editorial Iberia. p. 53.
6. DIAZ DEL CASTILLO, B. (1975): *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Barcelona, Editorial Sopena. Capítulo LXXXVII. p. 278.
7. DOMINGUEZ COMPAÑY, F. (1984): *Política de poblamiento de España en América (La fundación de ciudades)*. Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL). Madrid, p. 8.
8. ELLIOT, J.H. (1984): *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. Segunda edición española del original: *The Old World and the New. 1492-1650*, editado por Cambridge University Press, 1970. Traducción de Rafael Sánchez Mantero. Madrid, Alianza Editorial. pp. 34-37.
9. EYZAGUIRRE, J. (1990): *Breve Historia de las Fronteras de Chile*. Santiago, Editorial Universitaria. Vigésima edición. pp. 31 y 42.
10. FREZIER, A. F. (1982): *Relación de los viajes por el Mar del Sur y la costa de Chile y Perú durante los años 1712, 1713 y 1714*. Edición en español del título original *Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chily et du Perou fait pendant les années 1712, 1713 et 1714*. J. G. Noyon imprs. París 1716. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
11. HARDOY, J.E (1991): *Cartografía urbana colonial de América Latina y El Caribe*. Instituto Internacional del Medio Ambiente y Desarrollo. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires. pp. 11, 12 y 35.
12. MORALES PADRON, F. (1974): *Los Conquistadores de América*. Madrid, Espasa-Calpe. Colección Austral N° 1.565. pp. 129-137.
13. O'DONELL, H. (1990): *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*. Madrid, Editorial Naval.
14. OVALLE, A. (1993): *Histórica relación del Reino de Chile*. Prólogo de Walter Hanisch. Santiago, Editorial Universitaria. Colección Escritores Coloniales. Cuarta edición. p. 3.
15. PALAU, M. (1976): *Chile en las expediciones científicas españolas de los siglos XVIII y XIX*. Madrid, Publicación del Patronato Nacional de Museos. Museo de América.
16. PAZ, O (1981): *In/Mediaciones*. Biblioteca Breve. Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A. Reimpresión de la primera edición de 1979. pp. 53-54.
17. PIGAFETTA, A. (1990): El primer viaje alrededor del mundo. Traducción española del título original *Il primo viaggio intorno al mondo*. Barcelona, Graphy Cems. p. 91.
18. ROJAS MIX, M. (1992): *América imaginaria*. Barcelona, Editorial Lumen. pp. 76-86.